

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO*

"Estén atentos y vigilen, porque no saben cuándo será el momento"

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Isaías 63,16-17.19; 64,1-7; 1 Corintios 1,3-7; Marcos 13,33-37

Nos encontramos, una vez más, finalizando el año y sintiendo ya la cercanía de la fiesta de Navidad. Las luces y los adornos navideños han reaparecido junto con las ilusiones –no muy seguras, por cierto, de realizarse– de los comerciantes, de lograr una mejor "campaña navideña". Litúrgicamente se abre un nuevo año con el llamado tiempo de Adviento, que nos prepara para la celebración del nacimiento de Jesús. Pese a que la pandemia parece ya lejos, sus consecuencias no han sido superadas. Y, por otra parte, las guerras, aunque aparentemente lejanas, y las amenazas cada vez más seguras y cercanas del "Niño" están repercutiendo en la economía nacional y sobre todo en las condiciones de vida y de carencias (hambre e inseguridad) de las familias más pobres de la población. Y, de manera cada día más sentida, golpean en los estados de ánimo y la salud mental de la gente.

La reciente visita del Papa ha sido reconfortante: ha escuchado conmovido los testimonios que mostraban las heridas abiertas en la sociedad peruana, ha derramado el bálsamo de la esperanza, reclamando la voluntad efectiva de cambios personales e institucionales en favor del bien común, la justicia y la dignidad de todos, con mayor urgencia ante las personas y las comunidades más vulnerables. La visita concluyó, la puesta en práctica de sus mensajes es la responsabilidad que nos deja para comenzar ya en este tiempo de Adviento.

El Papa –y todos los presentes y televidentes– escuchó atento las demandas y clamores de apoyo de quienes sienten abandono, no significar nada en la sociedad, ignorados y sobrantes, pero no derrotados. Su situación resuena como un clamor angustiado a un Dios que parece lejano y sordo. En su boca sonarían bien las palabras de la plegaria de Isaías en la primera lectura, reclamando a Dios su presencia y acción: "tú eres nuestro Padre, tu nombre es el que nos rescata desde siempre… ¡Ah! Si rompieses los cielos y descendieras". La desigualdad infraterna, que se acrecienta y se manifiesta escandalosa en la diferencia de los gastos y consumos de las comidas y

* Ciclo B

regalos navideños, suena a ausencia de Dios, a silencio de Dios. Se hace sentir la necesidad del Dios que se hizo humano en Jesús, el que nos recuerda y echa en cara que estamos llamados a ser hermanos y hermanas, a cuidarnos y protegernos mutuamente con amor, responsabilidad e inteligencia. Isaías recoge el clamor dolido y esperanzado del pueblo que en el destierro se ha sentido olvidado de su Dios.

La primera Navidad aconteció en un establo de animales, ante la indiferencia de la gente de Belén y la alegría sencilla de los pastores. El tiempo del Adviento podría servir a los cristianos para imaginar una celebración más cristiana de la Navidad y proponerla como alternativa posible en nuestro entorno. Si el regalo de Navidad fue Jesús nacido en medio de la pobreza, ¿por qué habría de ser sustituido por regalos costosos, sólo al alcance de los pocos con dinero?

Si miramos más allá de nuestras fronteras, la crueldad de las guerras, las vidas destrozadas y perdidas en las migraciones forzosas y sin acogida, los estragos anunciados y no siempre asumidos del cambio climático, dibujan un presente –y un futuro– tenebroso y doliente. Un contexto muy sombrío y poco propicio para pensar en un "salvador" y en una "paz en la tierra", pero que, pese a todo, se proclamará y habrá que acoger como "buena noticia" en la próxima Navidad.

Por otra parte, tengo la impresión de que la fiesta de Navidad es la que ha sido más afectada por la mentalidad moderna secularizada. Todos la celebran, pero muy pocos con el sentido cristiano original. Todos se desean "felices fiestas", pero muy pocos una "feliz Navidad". El nacimiento de Jesús ya no es el centro de lo que se conmemora y celebra; ha sido sustituido por otros personajes y símbolos. ¿Cómo prepararnos en este contexto para celebrar el nacimiento de Jesús de manera que signifique, como en la noche de Belén, "el anuncio de una alegría que lo será para todo el pueblo" (Lc.2,10)?

Para responder a esa pregunta se nos ofrece el tiempo de "Adviento", cuatro semanas de oración y de conversión para disponernos a acoger al Señor que viene hacia nosotros, sin confundirnos con lo que no es el Jesús del evangelio. En los tiempos remotos del siglo primero esperaban la venida del Mesías, pero lo imaginaban príncipe poderoso frente a la dominación romana, que restauraría el poder del pueblo elegido: Hoy podemos también confundirnos y contentarnos con regalos según las posibilidades económicas de cada familia y unos abrazos efímeros sin mayor compromiso. Este tiempo de Adviento, por el contrario, con la lectura atenta de las Escrituras y la oración personal o comunitaria, nos debería ayudar a concentrar nuestra atención en el Jesús -León XIV lo recordó en muchas de sus alocuciones- que viene, el que vino como forastero, con la incertidumbre de encontrar siquiera un lugar seguro para nacer. ¿A qué Jesús hemos de esperar y acoger esta Navidad? ¿Cómo esperarlo y acogerlo en solidaridad con toda la gente golpeada por el desempleo y la inseguridad, que no tiene donde vivir, trabajar y comer, pero que en el fondo mantiene la esperanza de que Dios es nuestro Padre?

En Jesús Dios se ha hecho más que encontradizo con la humanidad sufriente. Ha puesto definitivamente su morada en medio de nosotros, camina con nosotros, se ha hecho "Emmanuel", que significa "Dios con nosotros". Ese es el sentido profundo de la Navidad, que abarca no sólo el momento del nacimiento de Jesús, sino la entrada definitiva de Dios en nuestra humanidad. "Emmanuel" no es sólo el niño Jesús nacido

en Belén, sino el Jesús adulto, anunciador del Reino de Dios, compasivo y cercano, libre para acercarse y compartir mesa y amistad con los pobres e insignificantes, con las mujeres menospreciadas y con niños y niñas - ¡cómo habrá sufrido Dios en las niñas escolares violadas en Condorcanqui-, con enfermos y pecadores. El Jesús del evangelio reclama a los cristianos de hoy "otra" Navidad y otras reacciones de indignación y de solidaridad

Las palabras del evangelio –"ignoran cuándo será el momento"- es posible que nos desconcierten. Nosotros sí sabemos "cuándo será el momento": ¡el 25 de diciembre! Pero no se trata sólo de eso. El Adviento evoca también la venida del Señor al fin de los tiempos, la "parusía". Y también la venida del Señor en cada tiempo nuestro y de la humanidad. Navidad, además de ser una realidad histórica que ocurrió en Belén hace más de dos mil años, es una clave teológica para interpretar los signos de los tiempos, el misterio de la presencia real de Dios en nuestros acontecimientos, personales y sociales. Así como Dios se hizo presente -aunque no reconocido por muchos- en la fragilidad e insignificancia de un niño, sigue hoy haciéndose presente, salvando e interpelando, en los acontecimientos de nuestro tiempo, en las niñas y niños abusados sin la debida atención sanitaria; y educativa. Nos cuesta reconocerlo, nuestros ojos están dormidos y ciegos. Vemos y analizamos los hechos de cada día: muertes, sufrimientos y violencias, pero tenemos que ver y analizar también gestos cotidianos de amor y de servicio, despertar de conciencias juveniles, iniciativas solidarias de mujeres en los barrios, pero nos cuesta reconocer en ellos la presencia silenciosa y discreta de un Dios que sufre, ama, impulsa y anima. Por eso la palabra de Jesús: "Estén atentos y vigilen porque ignoran cuándo será el momento". En lo que ocurre cada día hay más de lo que directamente se ve. Adviento es tiempo y actitud de vigilia, de vigilancia desde la fe. Y en esa presencia descubrimos también el fundamento de nuestra esperanza para no sucumbir en el desaliento, sino seguir confiando en la posibilidad de un mundo justo y fraterno. El Padre, al que invocaba Isaías y que nos revela Jesús, sigue vivo y presente.

Las palabras de Pablo en la carta a los Corintios nos invitan a vivir en un clima de acción de gracias y de alegría este tiempo de adviento "mientras esperan que nuestro Señor Jesucristo se manifieste". Es tiempo para renovar la esperanza y el compromiso para que la voluntad de Dios -su reinado y su justicia- se haga en la tierra

Adviento, más aún este año, es tiempo para reiterar la vieja plegaria de las primeras comunidades: "¡Ven, Señor Jesús!" (1Cor.16,22; Ap.22,20). Pero, precisando bien lo que necesitamos y esperamos de esta venida del Señor.

Con el tiempo de Adviento se inicia el año litúrgico, con su ciclo correspondiente de lecturas, en esta ocasión las del Ciclo B. Este año leeremos preferentemente el evangelio según san Marcos, el primero de nuestros evangelios canónicos. Es el más corto por lo que en algunos domingos de Adviento y durante el año se tomarán textos de los otros evangelios.